

## *Al filo del tiempo*

El ambiente en el metro estaba cargado. Demasiado hasta para un día de verano caluroso como el que echaba a andar en Madrid. Fuera la temperatura oscilaba en torno a los treinta grados y no eran siquiera las nueve de la mañana. Las calles no tardarían en arder y cualquier cosa con la onerosa obligación de permanecer bajo el sol en exceso, ya fuera animada o inanimada, sufriría el incandescente castigo desatado por la enésima ola de calor de la década. No obstante, la situación era todavía más preocupante en el interior de las venas subterráneas de la ciudad. Allí el aire había cuajado como nieve de temporada y junto con el calor asfixiante aspirado por las bocas abiertas al exterior, condensaba una calima prácticamente tangible para la gran aglomeración de viajeros incrustados en ella, a la espera del siguiente convoy que habría de llevarlos a sus puestos de trabajo o lugares de estudio. De cuando en cuando se limpiaban el sudor con el antebrazo y de paso se sacaban el aburrimiento observándose de reojo los unos a los otros con más disimulo que interés, movidos por el malicioso ánimo de constatar en el rostro de los demás el rictus del que ellos mismos no eran conscientes: esa mezcla de somnolencia y abatimiento tan a menudo reflejados en las caras de los que han madrugado por obligación. No había una sola conversación ajena de la que robar distracción. El silencio se agarraba a la atmósfera pesada, actuando como una especie de argamasa de todo el conjunto que daba la impresión de que podía hacerse añicos de un momento a otro.

En efecto, algo vino a liquidar abruptamente esa calma inestable: un grito ahogado que sonó muy remoto, seguido de un fuerte golpe. Un hombre había caído a la vía, por despiste o tal vez desvanecido. Por accidente en todo caso, pues tras un breve momento de estupor, ya iniciaba los movimientos encaminados a encaramarse al andén lo más rápidamente posible. Los que vieron en directo la caída elevaron al unísono un murmullo de intensidad ascendente, en desbandada, cuyo eco regresaba entremezclado con los gritos de pánico proferidos por la multitud, una vez confirmada visualmente por esta la gravedad del suceso.

El reloj digital suspendido en ambos extremos de la estación, cual espada de Damocles moderna, persistió en indicar la llegada del siguiente tren en apenas un minuto, indiferente a la tragedia en curso. Y aunque la caída no fue incapacitante, si provocó al hombre daños suficientes como para retardar más de lo deseable las acciones que le hubieran permitido escapar, a juzgar por la torpeza y lentitud con que se incorporó y tropezó en una, dos y hasta tres ocasiones sucesivas. Desde la altura del andén se llegó a advertir el momento exacto en el que su espíritu combativo le abandonó, tras fallar reiteradamente en la misión de trepar un desnivel asequible en cualquier otra circunstancia. Sin él, aquel hombre de mediana edad se transfiguró ante todos en una estatua de sí mismo, resignado a afrontar su destino, igual que un niño perdido en la corriente de una muchedumbre, al no localizar a sus padres, se detiene y llora.

La escena se congeló por un instante como si posase para un sádico cuadro costumbrista, tras el cual se arruinó a causa del movimiento creciente de testigos que se giraban a fin de evitar cargar para siempre en la memoria con la sangrienta imagen de aquella carnicería, a cada segundo más probable. Cientos de plegarias mudas se propagaron entonces como último recurso paliativo de muchos de los que se habían girado, a lo largo de toda la estación y a ambos lados de la vía, brindando sin pretenderlo a los presentes la oportunidad de no perder detalle de la perversa sonoridad de un cuerpo humano descuartizado por una mole metálica.

Por suerte, un principio básico de la física, el de acción-reacción, encontró el modo de manifestarse. Un hombre aseado y de aspecto circunspecto, de estatura superior a los que le rodeaban, acertó a arrodillarse primero y tumbarse después con casi la mitad de su largo cuerpo volando sobre el borde del andén, alargando su brazo al tiempo tanto como le era posible, en busca de la conexión salvadora de su mano con la del hombre que había caído a la vía. Dicha maniobra no le pasó desapercibida a este último pese a su estado de extrema vulnerabilidad. Al contrario, tal vez gracias a él, ciertos instintos naturales brotaron de nuevo con rabia del fondo de sus entrañas. En lo que va de un segundo al siguiente comprendió que únicamente con ayuda externa lograría

salir con vida de allí, de modo que mediante un impulso reflejo desesperado, propio de alguien a punto de morir, ejecutó una especie de salto espasmódico antinatural, a la manera de un contorsionista, con el que logró al fin su objetivo... y así ambas manos se entrelazaron. Entretanto, dos enormes ojos luminosos ya socavaban los últimos metros de oscuridad del túnel e irrumpían en el acto para interpretar el papel que la muerte, en secreto, les había reservado.

En ese punto, los dos hombres eran en realidad uno solo con dos cerebros procesando de manera divergente. El de la vía, aterrorizado y aferrado a su única forma de salvación trataba de ser alzado. Y el del andén, con la mitad de su cuerpo en la trayectoria del desastre, acaso simbióticamente invadido por el mismo pánico que el accidentado, atrapado en la mano de éste y quizás por ello sintiéndose igualmente amenazado, luchó ferozmente....por desembarazarse del extraño que había surgido al cabo de su brazo y que dificultaba su vuelta a la seguridad contemplativa. Los pocos que nunca apartaron su mirada fueron obsequiados con la horrible paradoja surgida de la áspera lucha en sentidos opuestos entre dos hombres empujados por el mismo instinto de supervivencia. Ninguno de ellos tenía forma de saber poco antes que un simple apretón de manos ligaría sus destinos para siempre.